

Editorial

VOX IN DESERTO O EL ATAQUE DEL SILENCIO



PARA EL OJO DIALÉCTICO, la historia de la teoría política viene marcada por la aparición de grandes autores y libros excepcionales. Comprensiblemente se ve en ellos la manifestación del talento y la creatividad que todos admiramos, la voz de la sabiduría que se expresa. Así ha sido durante mucho tiempo y, queramos o no, esta visión aún se mantiene.

Ahora bien hoy, con la recuperación de la retórica, crece el respeto por el silencio como componente primario y esencial de la comunicación. El silencio es un ámbito artificial, ya que está construido por nosotros, y da vida a los significados de cualquier tipo, sean estos una conversación entre niños, una *sonata da chiesa* o un tratado de medicina. No es de extrañar que el silencio fuera para los rétores la matriz del pensamiento.

Pero el asunto es que en las sociedades vigilantes interesa más el contenido de los logos, las construcciones del lenguaje y la peripecia humana que ese silencio que sustenta todo y lo produce. En las sociedades vigilantes de tradición católica, en especial la hispana, ese silencio que está detrás o al lado de lo que pasa parece resultar especialmente incómodo.

En general la inclinación por la estridencia viene a ser una prueba en este sentido. El silencio, como el lienzo en blanco para el pintor, produce ansiedad; ya que si por un lado excita nuestra omnipotencia y nos invita a decirlo todo de una vez, por otro cuestiona lo que debe o no debe aflorar al escenario de la vida. Un ejemplo diario lo tenemos en los conciertos de música de cámara, en donde algunos públicos son incapaces de soportar el silencio prolongado en el que tocan los músicos y llenan por esta razón el ambiente de toses compulsivas. Y algo de eso hay en los espectadores que están a la espera ansiosa de que se callen los instrumentos para gritar bravos exagerados. Gritan de una forma desaforada, enmascarados de entusiastas, pero en realidad arrollando los armónicos aún sus-

pendidos en el aire. En este caso aplaudir con violencia puede que busque el alivio de acabar con la situación tan incómoda de estar en silencio.

Hace no mucho asistí a la graduación en un Instituto de Educación Secundaria de un barrio distinguido. En el programa había un concierto de una agrupación amateur que actuaba gratis y por invitación del Centro. Pues bien, el coro tuvo que cantar sin un silencio adecuado que le acogiera y en medio del alboroto de los alumnos que iban y venían, los familiares que tomaban videos moviéndose de un lado para otro y un auditorio que en general se dedicaba a charlar y comentar sin ningún recato.

En el pensamiento también es aplicable esto. Para que existan teóricos de valía y para que surjan libros magistrales, se necesita un silencio que los produzca y les nutra. Para que exista un Joseph Haydn (1732-1809) con su sorprendente colección de cuartetos, es imprescindible que haya personas que puedan leer sus partituras, tocar en casa con sus amigos por el simple hecho de hacer música y estar dispuestos a construir silencios en la ciudad; así es como se creará un ámbito público en donde pueda brotar el aire, la sabiduría armónica y el talento personal que algún día alcancen a componerlas. De no ser así, no es fácil que un genio aislado pueda hacer con sus manos y su arte tamañas obras, ya que estas joyas incorporan elementos estéticos e intelectuales que van más allá de su voluntad.

Fijándonos en la vida pública española —dotada de una lengua intercontinental—, resalta el fenómeno de esas conversaciones escenificadas que se dan en las radios y las televisiones en donde los participantes quieren todos hablar, hablar a cualquier precio, porque para ellos es obvio que solo se existe si uno se hace oír, si se habla (*loquor*). Para muchos de estos opinantes se hace una cuestión de vida o muerte intelectual el hablar más que los demás. Si para los vigilantes católicos, el dormir es primo hermano de la muerte; para estos conversadores, quedarse callados es no existir: *no ser nadie*.

Parecen creer que solo callan los subordinados en el ejército o los esclavos. No es por tanto extraño que, con estas ideas, se produzcan conversatorios en donde todos hablan a la vez, cada uno con su melodía propia o prestada, y sin tener en cuenta la armonía del conjunto. Lo más habitual en estos casos es que el volumen de voz, la parte más ejecutiva del asunto, pase a ser decisivo a fin de ver quién habla más fuerte para predominar (*querelle de tonnerres*). Para entender la dimensión del deterioro público que esto significa, basta comparar estos acontecimientos tan desagradables y cotidianos con cualquier obra polifónica de Cristóbal de Morales (1500-1553) o Tomás Luis de Victoria (1540-1611) en donde varias voces pueden *decir* cosas a la vez y producir armonías excepcionalmente bellas.

Los autores que producen una obra científica o literaria intentan también, o al menos algunos de ellos, emitir varias voces simultáneas. La intención es poder construir un *locus* armónico en donde se deje atrás la soledad y se entre en el mundo de la convivencia inteligente y constructiva, el mundo no del hablar sino del decir (*dicere*). Para ello cuentan con los timbres, las melodías y las armonías — y la técnica— que desde niños aprendieron mientras crecían y amaban su ciudad.

En la tradición retórica se sabe que ese silencio humano subyacente siempre está ahí, participando, ayudando, alojando y dando aliento a los creadores. Es un componente que nunca desaparece. Los ciudadanos aceptan entenderlo, disfrutarlo e incluso influir sobre él. Ahora bien, en algunas culturas contemporáneas ese silencio se ha vuelto muy incómodo, casi peligroso por inquietante, y se intenta aniquilarlo. Toses, caramelos de envoltorios retorcidos y ruidosos, comestibles y bebidas aparatosos, teléfonos móviles inoportunos, charlas indebidas, bandas sonoras enervantes o cualquier otro pretexto sirven para que ese silencio valioso que siempre está ahí detrás —o delante incluso— de la contingencia artística o creativa, resulte ignorado. Por eso se cierran las bibliotecas y se abren los bares. Por usar un verbo común hoy en España, se *ningunea* el silencio, se le intenta borrar del mapa, ignorar, hacer desaparecer.

Claro que el silencio democrático es un objeto difícil de hacer desaparecer porque no ocupa espacio visual, no es opaco, ni está al alcance del órgano rey de la vigilancia que es el ojo; la vigilancia de la envidia, el *invidere*. El silencio no puede borrarse con el cepillo de la pizarra, ni se puede tachar de una lista. No se le puede dejar fuera de un protocolo de invitados. Eso aquí no sirve porque al silencio no se le puede hacer invisible. El silencio es inaudible y a su vez fundamenta nuestra vida. El silencio de un niño abandonado o el de una persona humillada o deprimida son difíciles de acallar.

Los vigilantes hacen verdaderos ejercicios por solucionar esto. La vida democrática de hoy está llena de estimulantes y se celebran las cosas con alcohol y con cánticos al unísono, lo que trae consigo la invasión a gritos de nuestra intimidad. El divertirse chillando es un rasgo casi propio de nuestra felicidad social. Es en cierto modo un ruido que te recluta.

Dentro de la convivencia parece que, para buena parte de la población, solo es posible *estar a gusto* si se anula ese silencio fastidioso que nos pone a prueba, ya que ese limbo amplísimo nos presenta muchas cosas nuevas y nos invita a que aparezcan las emociones y las fantasías más imprevistas. Es un silencio que por un lado deja fantasear y por otro hace espacio para, como dirían Moisés Maimónides (1135-1204) o Sigmund Freud (1856-1939), “pararse a pensar”.

Para muchos vigilantes en lengua española resulta casi insufrible quedarse a solas en silencio consigo mismos: ellos y ellas. A tal efecto se encenderán tele-

visores perpetuos, se pondrán discos, se verán películas, se acudirán a los deportes masivos, se hablará a cualquier hora por internet —que nunca duerme— o mediante correos que ya no son sino conversaciones on-line, conversaciones con escritura. Incluso con frecuencia se recurrirá a auriculares que nos conectan directamente con la fuente del sonido en un acoplamiento perfecto. Se marcan secuencias y temporizadores para tapar ese silencio que, cuando aparece, nos suele abrumar de aburrimiento, es decir, de depresión.

Muchas personas parecen tener miedo a que, si se quedan solas, puedan escuchar las voces internas de su mente como les ocurre a los psicóticos.

Otra manera de ocultar ese silencio tan humano es la escenificación, algo que en la tradición española se hace mediante la institución de “los amigos”, como grupo sectario, o la familia. Con la complicidad de los grupos, sean éstos la cuadrilla, la *penya*, la pandilla, el grupito o simplemente los amigotes con los mismos intereses, se permite un seguro de actuación en donde el silencio queda bajo control y vigilancia estricta. Se logra así evitar el sosiego silencioso de forma inmediata, sin que ello requiera una epopeya de la voluntad. Cuando alguien se encuentre a solas y perciba la amenaza del silencio, podrá siempre al grito de “¡me aburro!” acudir a esos cómplices y encontrar en ellos el bullicio o conversaciones manidas que tapen huecos. Esto traerá consigo un volumen de sonido suficiente para acallar los miedos y nos dará los contenidos verbales necesarios —casi siempre mínimos y de escaso interés para el sujeto— con los que ocupar por el momento nuestra sensibilidad. En casi todos estos casos la actividad mental suplanta al pensamiento genuino.

También la familia con sus trasiegos, generalmente muy serviles a los montajes de los que las controlan, puede ser un ámbito propicio para aniquilar el silencio. Un silencio fundamental para la ciencia, el arte, la meditación teórica y la ensoñación. Verdaderamente en la democracia española es difícil pensar en fiesta y disfrute sin un volumen sonoro estentóreo que —como Esténtor (*Iliada*, canto 5, verso 778), con vozarrón de bronce y gritando como cincuenta—, resulta casi siempre invasor inclemente de los alrededores. Ese ruido socialmente celebrado y políticamente jaleado, es para muchos ciudadanos sensibles a la libertad una deprimente amenaza porque anula la oportunidad del silencio democrático.

Es sorprendente que, a pesar de todo, surjan libros importantes por su originalidad, hermosura o sabiduría en medio de toda esta militarización ansiosa de la convivencia, y que no es otra cosa que la versión de la vida democrática que presenta la sociedad vigilante. Son libros que han aceptado escuchar las voces de toda la ciudad, de dar oportunidad de decir cosas a los *infantes*, de permitir que los entes audibles de la vida pública se muestren sin prisa ni violencia. El dete-

rioro del silencio que hoy vemos en la ciencia política y en su profesión nos indica muy malas cosas sobre el avance de nuestro saber. Se instalan altavoces, se premian libros, se gritan las ideas consignadas y se recorren los caminos desasosegadamente —salidas y entradas..., idas y venidas..., viajes incesantes— publicitando a voces los conocimientos. Todos quieren estar en pantalla. Pero no se soporta el silencio del estudio, porque no se reconoce que el saber surja a veces sin que los autores lo noten, en medio de una letargia muy rica y libre.

Para las tiranías modernas ha sido una práctica frecuente quitar la voz a los ciudadanos, hacerles callar. Se entiende así, de forma implícita y errónea, que el silencio equivale a no tener voz, a no poder hablar. Pero esto, que en la dialéctica se plantea como hecho primordial, no repara en la diferencia entre la locuacidad y el decir. En términos democráticos, recuperar el habla no es suficiente. Para avanzar hacia la isegoría, se hace imprescindible poder *decir*. Las rebeliones del siglo veinte, con su anulación de la retórica, hicieron un análisis muy superficial de la libertad pública. Recuperar la voz no servirá para desmontar la tiranía si no se completa ese trabajo cívico con algo más.

En las posguerras del siglo veinte, tras la Guerra Civil Española o la Segunda Guerra Mundial, los demócratas occidentales se esforzaron mucho por recuperar el habla; pero sus líderes no contaron quizá con la capacidad de resistencia de la tiranía, que ha logrado así mantenerse metamorfoseada. Hoy aquella tiranía no se arriesga a quitarles la voz a los ciudadanos, y se ha refugiado en minar y deteriorar el suelo nutricio de la democracia que es el silencio retórico. Y poco a poco se está llegando a una situación en la que muchos individuos se sienten perdidos porque, viviendo en un estado democrático y con homologación internacional, aun así se sienten atrapados, faltos de libertad. Empiezan a ver la silueta de antiguas desdichas políticas y están perplejos. Presienten que esto no se les ha operado de cualquier manera sino con una verdadera estrategia que ellos no alcanzan a determinar y que, por eso, intentan atribuir a ciegas a lo que llaman el sistema o los mercados. En realidad no saben a qué se están refiriendo con esas palabras, pero sí están seguros del empobrecimiento de su existencia y de la sensación de ruina cívica en el gobierno de sus vidas. En cierto modo, empiezan a reclamar con gritos para sí mismos “le privilège royal de banqueroute”.

JAVIER ROIZ